

CAPÍTULO XXXV.

*Del pensar demasiado en nosotros mismos  
y en las pequeñeces que nos rodean.*

Además de los pensamientos inmorales, que como queda demostrado, son todos contrarios al bienestar de la mente, también hay otros que no lastiman la conciencia y se oponen á la felicidad del pensamiento. ¿Y quién no los ha experimentado? ¿Quién no está harto de ellos? ¿Quién alguna vez no ha deseado verse libre de sus cadenas? ¿Hay mes, hay semana, hay día, en que no nos acibare algún sorbo de su amargura? ¿Quién no recibe con gusto una distracción cualquiera para descansar de ellos y de sus molestias importunas? Son tanto más terribles cuanto que su dominio es más natural. Se requiere un exquisito cuidado para no dejarse avasallar por su familiar tiranía. Invaden al grande y al pequeño, al mendigo y al potentado, al general en jefe del ejército y hasta al último ranchero. Los tiene bajo su hermosa cabellera la jóven que espera novio y la vieja bajo sus canas antiguas.

Á quien menos atormentan esa clase de pensamientos es á los niños, y por eso se les envidia. Ya habreis adivinado que voy hablando del pensar en nosotros mismos, en nuestras miserias, en nuestras pequeñeces, en nuestras relaciones, en nuestros contratiempos, en nuestras pretensiones, en nuestras esperanzas mundanas, en nuestros desaires, en nuestros méritos mal recompensados ó desconocidos, en nuestros compromisos, en nuestros apuros, en nuestros gastos, en nuestras pérdidas, en nuestros proyectos frustrados, en nuestros temores, en nuestras enfermedades, en nuestras aprensiones, en nuestros cuidados de todo género y especie, en una palabra, en nuestra vida pasada, presente y futura. Sí; el pensar demasiado en nosotros mismos terrenamente es nuestro más común y más continuo suplicio.

Seria una temeridad pretender que no atendiésemos debidamente á nuestros negocios; pero de esto á lo que por lo general sucede en la mayor parte de los hombres, hay notable diferencia. Se puede y se debe pensar en nuestros intereses y en lo que nos incumbe hacer para su buena dirección, y aun es conveniente

entrar en un rápido análisis de todo lo que nos rodea y en un exámen mas detenido de nuestras flaquezas morales con el objeto de arrepentirnos de ellas y de enmendarnos: cosas son estas muy conformes á razon y aconsejadas por la prudencia y hasta por la misma religion. Todo esto hecho con mesura es el arreglo del hombre. No es pues eso lo que se ha de reprobar tratando de la felicidad del pensamiento: no le perjudica una prudente consideracion de tales cosas.

Lo incómodo, lo fastidioso, lo ingrato, lo amargo, lo cruel, lo insufrible es esa pesadez de unos mismos pensamientos mezquinos, que se vuelven y se revuelven en el miserable círculo de nosotros mismos y de nuestras pequñeces contempladas mil veces con todos sus adherentes, como el suplicio en que ha de morir por el reo que está en capilla. ¿Á qué tanto ir y venir sobre puntos de poquísima importancia? Dársela á lo que realmente no la tiene es el gran disparate de la mayor parte de los nacidos. Ellos lo pagan, ó mejor dicho, lo pagamos. El castigo es inseparable de este nuestro insigne disparate, porque perdemos la felicidad del pensamiento.

## CAPÍTULO XXXVI.

*Aunque el sistema que se propone en esta obra no sea capaz de dar una felicidad absoluta, bien observado hará la posible dicha del hombre, disminuyendo los pesares del alma. Los males fisicos son menos durables y menos comunes que los del corazon.*

Suponiendo que por los medios que van indicados se haya conseguido en lo posible la felicidad del pensamiento ¿se habrá logrado la felicidad absoluta? Claro es que no, pues aunque la mente goce de apacible serenidad y esté como embebecida en sus delicias sublimes, aun sentiremos el frio y el calor, y nos harán impresion los dolores reumáticos, los nerviosos, los golpes casuales, los desaires de la fortuna y las muertes de amigos y parientes; no hay arbitrio alguno para arrancar todas sus espinas á esta morada de infortunio, en que por todas partes brota espontáneamen-

te la mala yerba de los acerbos disgustos. Sin embargo, no será poca dicha el disminuir los insectos mas venenosos, que son nuestros interiores tormentos; no será poca dicha haber logrado toda aquella felicidad que depende del hombre, y que el mismo Dios desea que alcancemos, puesto que en su bienhechora Religion y en sus admirables consejos nos da los medios de conseguirla invitándonos á usar de ellos.

Y bien pudiera decirse que establecido el venturoso gobierno de la mente en pro de su felicidad, ya son mucho menores los males que le hayan de sobrevenir. En efecto, en el género humano considerado en masa y en el mayor tiempo de la vida, el tener salud es mas comun que el no tenerla: en comparacion del mayor número son pocas las personas habitualmente enfermas. De aquí nace que la mas considerable porcion de los males que se padecen se halle en el alma, la cual se los fabrica por medio de sus rabiosos ó melancólicos pensamientos. Luego si se logra haber hecho desaparecer esta plaga, se habrá triunfado del mas temible de los ejércitos enemigos.

Para mayor aclaracion de este punto recuérdese que los dolores físicos, cuando son vehementes, por lo regular duran poco: aun las terribles flagelaciones voluntarias ó involuntarias, que se usaban particularmente en la edad media segun nos lo acredita la historia de aquellos tiempos, cuando mas producirian un caliente dolor de veinticuatro horas; mientras que la meditacion de una injuria, que es una de la mas amargas tribulaciones, aunque con alguna interrupcion, suele atormentar por muy largo tiempo el ánimo vulnerado, formando en la region del pensamiento una noche tan oscura como tempestuosa. No obstante, aquella injuria vino de fuera acaso en un solo momento, y la mente la recibe para alimentarla dentro de sí como una nodriza pagada á la recién nacida criatura, que se le confia para que le conserve la vida y la sustente á costa de su propia sustancia convertida en leche vivificante.

CAPÍTULO XXXVII.

*Por qué motivo se hace mencion del sistema de las verdades absolutas. Se indican algunas de sus ventajas.*

Prosiguiendo en la agradable tarea de proponer cuanto juzgo oportuno para el embeleso y plácido descanso de la mente, no debo pasar en silencio mi sistema de las verdades absolutas, con el que estoy tan bien hallado y al cual es en mí una obligacion el mostrarme agradecido por los grandes y continuos bienes que me proporciona su observancia. Hace años que nació en mí sin pretension alguna de conquistar ningun otro corazon, como un esposo, que encierra todo su amor en solo su fiel esposa. Es natural al hombre la propension de querer dilatar el imperio de lo que se conceptúa bueno y en especial de lo que se ha creado; pero como no me hallo del todo destituido del conocimiento de lo que somos los hijos de Adan, y por otra parte no se me ocultan las dificultades é inconvenientes prác-

ticos de mi cómodo sistema de las verdades absolutas, jamás me he empeñado ni me empeñaré en persuadir á nadie su adopcion. Ahora hablo de él solo porque lo encuentro al paso en el camino que llevo; no darle una mirada seria ingratitud.

¿Y en qué consiste ese sistema intelectual, desconocido hijo de mis desengaños? Está cifrado en adherirse únicamente á las verdades *absolutas*, denominacion que doy á las que no pueden sufrir una oposicion razonable, saliendo altamente victoriosas de cualquiera insensata contradiccion, y dejando al entendimiento del todo tranquilo y seguro, y en no admitir aquellas opiniones ó creencias, á las cuales se hace por parte de sus contrarios una razonable oposicion, permaneciendo en completa neutralidad con respecto á ellas. Así por ejemplo tengo por verdades absolutas todas las que enseña nuestra santa y sábia Madre la Iglesia católica, apostólica, romana, y me adhiero á ellas y á otras varias del orden científico, ó literario ó moral con una firmísima plenitud de adhesion, mientras permanezco impassible é indiferente en tratándose de cosas ó ideas que tienen su pro y su contra *atendible*; así por

ejemplo si en mi presencia se disputa sobre el sistema planetario de Tolomeo ó Copérnico, aunque el de este último parezca mas probable, no sacaré la espada por defenderlo; y haria lo mismo si se tratára de la utilidad del establecimiento de los mayorazgos, que tienen su pro y su contra, no concretando la cuestion á estas ó las otras circunstancias, sino considerándola en general.

Ya se habrá echado de ver que en cierto modo la bondad absoluta de una cosa la hago sinónimo de verdad absoluta; por tal correlacion todo lo que no llega á tener una bondad absoluta no merece colocarse en la sublime categoria de las verdades absolutas, y por lo mismo no entra á reinar en mi entendimiento, sin que por eso desconozca las ventajas de lo bueno ó de lo mejor y deje de tributarles una especie de homenaje que no se eleva al grado de adhesion, la cual reservo para solo las verdades absolutas, que sin embargo son muchas. Mi indiferencia solamente tiene por objeto lo que es cuestionable, que es lo que está expuesto á una contradiccion capaz de hacer alguna mella en el entendimiento. Yo quiero que las verdades, á

cuyo imperio me sujeto, sean unas reinas del todo puras, del todo hermosas, del todo invulnerables.

¡Qué dicha seria tener en la propia casa una madre, una esposa, unas hermanas, unas hijas, del todo puras, del todo hermosas, del todo invulnerables! Pues hé aquí que las verdades absolutas son para el entendimiento unas hermanas, unas madres, unas esposas purísimas, hermosísimas é invulnerables. La mente mia no quiere tener mas familia ni otro consorcio que el de estas bellísimas hijas del cielo inmaculadas y eternas. Las acompaña á todas horas la mas dulce paz. Reina la paz donde no se toma parte en las contiendas del mundo, donde no se ama, donde no se defiende idea alguna que pueda ser vulnerada por otra razon contraria. Esto produce con respecto á una muchedumbre de cuestiones interminablemente agitadas entre los hombres una tolerancia pacífica, que no se altera por las descompasadas voces de los que en su presencia disputen sobre esas ideas, sobre esos sistemas, sobre esas proposiciones, que si bien envuelven algo de verdad, aun presentan un flanco por donde penetren los dardos del ene-

migo, ó que solo ostentan una bondad contingente. ¿Y qué impresion harán los tristes pronósticos sobre futuros contingentes en el pensamiento, que acatando solo á las verdades absolutas, ha dado un gran paso hácia su posible felicidad?

### CAPÍTULO XXXVIII.

#### *Explanacion del sistema de las verdades absolutas.*

He dicho que el sistema de las verdades absolutas ofrece algunas dificultades. Las ofrecerá en efecto para los que sin estudiar á fondo sus ventajas, solo se paren á investigar lo que á primera vista parezca tropiezo en su ejecucion. Se dirá que no es posible conservar esa neutral indiferencia cuando hay que resolver ú obrar sin verdades absolutas, es decir, cuando hay que decidirse por algun extremo, cuya bondad no es completa; mas el camino se allana fácilmente estableciendo la excepcion en estos casos. Conservaré pues mi teoría de las verdades absolutas adhiriéndome únicamente á ellas, y cuando me vea

en la precision de optar por uno ú otro partido, escogeré lo mejor, como lo hace toda persona prudente: mantendré mi indiferencia siempre que pueda hacerlo sin algun detrimento y con reconocida utilidad. Daré á mi sistema toda aquella flexibilidad, que requiere el cumplimiento de las propias obligaciones y el incontrastable curso de las necesidades de la vida. Pero hay infinitas cuestiones, que no me toca resolver; corren por el mundo variadísimas opiniones, á las que nadie me ha impuesto el deber de combatir, y como no son para mí verdades absolutas, porque no tienen una bondad perfecta, ó por algun lado son vulnerables, ó milita contra ellas alguna razon plausible; no empeñaré mi corazon ni mi entendimiento á que las ame ni á que las aborrezca; y así oiré hablar mal de ellas sin lastimarme, como me sucederia si les hubiese consagrado mi amor; y podré escuchar sus encomios sin enfadarme, como me acaeceria si las odiase. Tratándose de muchas cosas de este volátil mundo, quien menos las detesta y quien menos las aprecia vive con menos espinas. Por eso los que solo piensan en servir á Dios y merecer la gloria eterna son

mas felices aun en medio de los abrojos de este valle de lágrimas.

Ningun sistema, que no tenga su parte de flexibilidad, dejará de estrellarse en el escollo de su rigidez; y así para mi uso particular nunca he querido poner tirante el arco de mis verdades absolutas, distinguiendo entre la teoría permanente, que ocupa el mas encumbrado puesto en mi reino intelectual, y la necesaria conveniencia de tomar una resolucion cualquiera cuando las circunstancias la exigen, aunque se obre fuera del querido y sublime círculo de las verdades absolutas.

¿Y cómo se conocerá cuáles son estas verdades absolutas ó cuándo habrán llegado á merecer tan honorífica calificación? No es fácil determinarlo en general: se requiere un estudio profundo, imparcialísimo y constante, una severa lógica, una gran firmeza de principios, una independiente elevacion de miras, un generoso desprendimiento hasta de las propias inclinaciones. La verdad es un tesoro que no se halla tirado por las calles. ¿Quién se vanagloriará de haberlo adquirido sin trabajo alguno? Tampoco creo que la juventud sea la edad mas propia para formar el noble é

invencible regimiento de las verdades absolutas: preciso es que el hombre haya llegado á su madurez y haya visto mucho y estudiado mucho para escoger lo que no admite contradiccion razonable, para cerciorarse de que en estos y en aquellos puntos ya no es posible sacar mas luz. Además, nadie pretenda reunir de una vez la magnífica falange de las verdades absolutas: á veces transcurre largo tiempo sin haberse uno fijado en una verdad, vacilando entre opiniones contrarias, y pasan años sin que resplandezca á los ojos del entendimiento con los caracteres de verdad absoluta: así me sucedió con la existencia de las ideas innatas hasta que estudiando á uno de sus impugnadores, por la debilidad de sus argumentos me convencí de que debia colocar entre las verdades absolutas la existencia de las ideas innatas, que con tan poderosas razones han defendido últimamente Bonald y el Conde de Maistre.

Para abreviar algo la eleccion de las verdades, que han de tenerse en la elevada categoría de las absolutas, sirve en gran manera el inexpugnable principio de contradiccion. En muchas cuestiones convendrá leer

cuanto se ha escrito en pro y en contra para ver qué rango se ha de señalar á lo que es objeto de la investigacion, si el de las verdades absolutas ó el de lo que no merece mas que una tranquila indiferencia. Hay empero cosas, cuya verdad se halla tan bien fundada, que por el principio de contradiccion se debe tener por falso cuanto se haya dicho ó escrito en contra de ella, ahorrándose el trabajo de proseguir las investigaciones ó de estudiar lo que de antemano se sabe que ha de ser infundado. Así por ejemplo, el que por los textos terminantes del Evangelio, por la constante tradicion, por las decisiones de los Concilios, por la autoridad de los Santos Padres y por la creencia universal de la Iglesia, está firmemente persuadido de la supremacía é infalibilidad del Sumo Pontífice, debería por el principio de contradiccion estar seguro de que carece de fundamento cuanto se alegue en contra. En materia de religion el principio de contradiccion es un escudo admirable para defender muchas verdades absolutas, de las cuales estamos ciertos por haberlas revelado el Señor, ó porque nos las enseña la infalible Iglesia. Acaso por nuestra

ignorancia no sepamos contestar á algunos de los sofismas con que pretenden combatirlos los ilusos ó mal intencionados impíos; pero ¿qué importa si el principio de contradiccion nos da la mayor seguridad lógica de que es impostura, calumnia, ó por lo menos sofisma cuanto se propale contra ellas?

En lo que no toca á la misma fé, en lo que no está comprendido en la dogmática infalibilidad de la enseñanza de la Iglesia, en puntos meramente científicos ó literarios cabe engañarse teniendo por verdad absoluta lo que acaso no es acreedor á esta honra; y una tenaz obstinacion en no reformar la idea concebida, si se descubre que es digna de que se le despoje de la usurpada investidura, sería perjudicial al sistema y al legítimo progreso de la mente y por lo mismo á la felicidad del pensamiento, en pro de cuyo apacible bienestar llevo emitidas las indicaciones de estos dos capítulos. Sin la experiencia de lo que proponen estoy casi seguro de que la mayor parte de los lectores desconocerá su importancia; y si hubiere quien como á planta exótica los considerase cual dignos de risa, sepa que yo sentiria el arrancar una sola



lágrima, pero que el provocar una graciosa sonrisa, lejos de enfadarme, me halaga, aunque sea con algun pequeño menoscabo de mi pobre honrilla.

### CAPÍTULO XXXIX.

*Discurrese acerca de lo vanas que son las teorías sin la práctica para demostrar que sin ella será inútil la ciencia de la felicidad del pensamiento.*

La práctica es la piedra de toque de la bondad y utilidades de los sistemas; por eso juzgo que para muchos lectores sean vanas las ideas que hasta ahora he venido desenvolviendo sobre los medios conducentes para alcanzar la posible ventura de la mente. Si yo mismo no la consigo muchas veces dejándome arrebatado por la melancolía, por el tedio ó por cualquier otro de sus enemigos, porque no recurro á poner en práctica lo que ahora propongo ¿cómo habré de esperar que siempre surtan el provechoso efecto que debieran estas indicaciones? ¿Habrá alguno que aunque adop-

te su teoría, las haga patrimonio suyo por experiencia propia? Sea lo que fuere de esto, lo indudable es que sin la práctica se desploma todo el edificio de la felicidad del pensamiento. No sería difícil hallar quien como yo disertara sobre la materia, y sin embargo cayera con frecuencia en el lóbrego desmayo de la mente ó la dejara sumergirse en las amargas oleadas del tempestuoso mar de sus pesares.

Así hay escritores y poetas que producen bellezas literarias para otros, y no son para proporcionárselas á sí mismos cuando están solos, tristes y aburridos; por eso se quejaba Genoude de que son tan cortos los buenos ratos de la producción literaria. ¡Qué contraste! Está deleitándose el lector con una página muy sublime, y al mismo tiempo el autor de ella yace tibio, insípido, frío y acaso sumergido en una melancolía prosaica y en un rastrero y villano abatimiento. Este mismo ángel caído será capaz de volar en un momento hasta las regiones de la luz y de vivificar con su fuego algun astro apagado; pero lo que importa no es el poderlo hacer, sino el hacerlo.